

Galletas y bizcochos

CANTABRIA

Insausti y Compañía

FABRICA: BARRIO DE ULIA. Teléfono 386

Despacho: Legazpi, 5. Teléfono 698. San Sebastián

AUTOMOVILES

Crossley

(Of gas engine fame)

Agencia para España
PRADERA, URROZ Y C.^A
SAN SEBASTIAN

HIELO

preparado con agua potable purísima, del manantial que abastece las fuentes públicas del barrio de Lasarte

Puntos de venta

Calle de Andia, número 4, comestibles.--Calle San Martín, número 46.--Calle de Zubieta, número 11
Pescajería de la Brecha y de la calle de Urbietta

A los pueblos situados en las líneas de San Sebastián á Bilbao y de Málzaga á Zumárraga se remite de la fábrica

Diríjanse los pedidos á D. LUIS PALACIOS.--LASARTE

Folleton de "LA VOZ,"
15 de Septiembre de 1913

Esta obra es propiedad de la Casa editorial Maucci, de Barcelona

En su mañana de bodas

POR

Carlota M. Braemé

—Miss Vane—interrumpía—hablémos de usted, y lo olvidará luego. ¿Se ha hecho usted daño?

—Medió un momento, como para recordar los acontecimientos que la habían sobrevenido.

—Sí—dijo luego—me he lastimado el brazo. Me había sentado en una de esas piedras, sin preocuparme de su estabilidad, pero resbalé á uno de sus movimientos y caí, lastimándome el brazo. Entonces me aproximé al río con objeto de aliviarme por medio del agua fría y creo que el dolor me desvaneció.

—¿Quieres usted que lo vea?—la dijo. Miróme el rostro con una mirada tímida.

—No quisiera molestártela—me dijo con la misma timidez.—Si quisiera usted llegar á la casa del Río y llamar á Juana Lewis, sería un favor que la debería.

—Mi querida lady, siento mucho contrariarla, pero no puedo hacer lo que usted me pide; no puedo abandonarla á usted

en este estado. Usted no es una extraña para mí. Tiene usted mi casa hace tres años, y sé muy bien sus deseos de permanecer aislada del mundo. No atribuya usted esto á un deseo de intrusión, pues respeto las decisiones de todo el mundo. Permítame usted que la auxilie, y cuando me cerciore de que está usted bien prometido seremos tan ajenas como antes.

Se ruborizó y miróme profundamente.

—¿Usted no sabe!—dijo lentamente

—Ni quiero saber. Deseo auxiliar á usted y nada más. Permítame usted que le vea el brazo.

—¿Es usted Mrs. Neville?—preguntóme admirada; y luego, como sometiéndose á un capricho de ironía:

—Quiero preguntarle á usted una cosa: ¿lo hace la luz del sol, ó es ese el color natural de su tocado?

Aun cuando quería hablar frívolamente, en sus labios descoloridos y en su rostro pálido se veía la expresión de una gran pena.

—Su color natural—le contesté.

—Entonces, usted es viuda y tiene un amor enterrado.

—Sí... tengo un amor enterrado, pero cuando pienso en la lobreguez del sepulcro pienso asimismo en el cielo que le sorrio.

—¿Cómo es posible que haya quien se acuerde de una hija con desaliento.—Me imaginaba que sólo se puede llorar en el retiro!

—Es una idea dañosa para una joven como usted. Ahora, miss Vane, permítame usted que vea ese brazo.

—¿Quién le ha dicho á usted mi nombre?—me preguntó.

—Olvida usted que es inclinada mía. ¿No tengo un contrato firmado por Hulda Vane? Vaya, veamos ese brazo.

—No puedo moverlo!—dijo, y su rostro se puso tan livido que temí un segundo desvanecimiento.

—La coloqué en otra posición, pues precisamente descansaba sobre el miembro lastimado, y pude hacerme cargo. No solamente existía una terrible magulladura, sino que también había rotura del hueso.

—Mi querida miss Vane—la dije—¿tiene usted el brazo roto, ¡me pasma el pensamiento de que haya querido usted tiempo que pasó la desgracia?

—Más de dos horas—contestéme.

—Es terrible esto. Pero por aquí pasan botes con frecuencia... ¿por qué no llamaba usted?

—¿Llamar?—exclamó.—¿Jamás tuve tal pensamiento.

—Pues lo más natural era pedir auxilio.

—Sí... pero no cuando se quiere morir—repliqué, y el rubor inundó sus pálidas mejillas.

—Son terribles palabras esas—respondí severamente.—Cuando una se encuentra como usted, se llama al primero que pasa... es lo natural.

—Mi deseo, como siempre, es padecer y morir solo—respondió.—No pido compasión, es de débiles. Quiero sufrirlo todo, antes que ser compadecida.

—¿Pobre hija mía! Cuando tenga usted mis años querrá usted conocer la piedad y el cariño de los demás.

—¿Usted se complacía en inspirar compasión cuando se murió su marido? Com-

prendo; pero debe ser terrible, ridículo, verse rodeada de rostros indiferentes.

—Sí, me rodeaban, pero no indiferentes.

—¡Ah!—exclamó miss Vane tranquila—entonces no tiene usted un espíritu esforzado.

—Sonreí; no me esperaba esto.

—¿Es alguna cosa de los espíritus soberbios; pero eso será materia de discusión par otro día. Su brazo de usted está contuso y roto; ¿qué hacemos?

—Sí usted quiere ayudarme un poco, llegaré hasta mi casa.

—No; usted no sabe el tormento que se infligiría. Voy á un hombre que trabaja en aquel prado; le enviaré—por mi carruaje, pues no estamos lejos de la Neville de la Cruz, y entonces la conduciré á usted á su casa.

No hizo objeción.

Estaba sentada á mi izquierda, tan pálida, tan silenciosa, tan altanera y desafiadora, que más parecía una estatua de blan co mármol que una mujer lista de vida.

Un hombre que me aseguré ser veloz corredor fué despachado á Neville. Estuve contemplando á miss Vane durante algún tiempo, pero nada dijo. Mas por la expresión de su rostro deduje que el dolor era mucho más intenso de lo que quería aparentar. Cuando llegó el carruaje ví en ella como un aire de languidez y desmayo que apenas podía sostenerse.

—¿Padece usted mucho?—la pregunté.

—No, no más de lo que puedo soportar—me repliqué.

—Me imagino que también es usted al-tiva para el sufrimiento—dijela, y otra vez una llamada de rubor carminó sus mejillas pálidas. Nada consiguió abatir su

templado espíritu; ni un murmullo cruzó sus labios, ni exhaló una queja, en tanto que los movimientos del carruaje debían hacerla sufrir mucho.

Juana Lewis estaba en el púlicio cuando el carruaje llegó allí. Hizo una gran corte-tía al verme y se quedó mirándome á manera de muda interrogación.

—Miss Vane ha sufrido un desgraciado accidente—contesté á su minica.—Se ha roto un brazo.

—¿Pero tendrá que permanecer mucho tiempo enferma?—exclamó la joven con inflexión de impaciencia.

—Sí... la rotura del hueso necesita algunas semanas para soldarse—respondí.

—Entonces, Lewis—gritó imperiosamente—condúzcame á mi cuarto.

Después me miró, y aun cuando su buena educación le hiciera rebucar las palabras conocí que tenía un deseo vehemente de verme marchar; pero yo había resuelto permanecer allí. Tendíome á manecilla blanca, y díjome con los ojos medio entornados:

Siento una verdadera gratitud por usted, miss Neville, y no sé cómo pagarle sus bondades.

—Esa es una manera política de despedirme, miss Vane, y yo no la acepto. No lo tomo como inconveniencia, pero esperaba más atención por su parte. Cuando usted tenga el brazo hueso volveré á ausentarme y la olvidaré á usted... la daré ese gusto, pero rehúso en absoluto y decididamente dejarla á usted ahora.

Miss Vane me miró confusa y embrazada.

—Pruebe usted de olvidar, querida mía, que soy una extraña—dijo, añadiendo

después:—Y piense usted que tengo ansia de serle útil. Ordéme usted, respetaré su reserva. Permítame usted, y lo pido como un favor, que la quite ahora, que se sienta usted desgraciada y necesita auxilio.

Creo su agitación; sus labios temblaban. Otra mujer cualquiera se hubiera permitido una expansión; ella misma, silenciosamente, procuró disimular su emoción y me dijo:

—Es usted tan bondadosa que no puedo discutir con usted; le repito las gracias.

Y entonces, con la ayuda de Lewis, la llevé á su cuarto. No tuve tiempo ni era ocasión para admirar las riquezas del mobiliario. Miss Vane ciertamente no conocía el valor del dinero ó la costumbre de tenerlo en abundancia le hacían que lo tuviese en poco. Admiré mucho más su fortaleza. A pesar de los dolores que debía sufrir, no salió una queja de sus labios. En su rostro se pintaba el sufrimiento; sus labios estaban blancos de angustia, pero seportaba el dolor con firmeza.

—Necesitamos llamar á un médico—dije—pues es conveniente que no pase el tiempo.

—¿Un médico? No, Mrs. Neville, no creo que lo necesitemos.

—De un modo absoluto. Cada momento que transcurre es un aumento de peligro. Yo no tengo idea, ni remota, de cómo se reduce una fractura, y supongo que un cirujano habrá de hacerla.

—Prefiero que se me quede roto á que me vea un médico.

—Permítame usted; la fractura, cuya importancia desconozco, curada á punto no tendrá consecuencias; pero de lo demás, puede traer desagradables complicaciones.